

Editorial Filarias presenta al lector el libro “**cuestiones curiosas de Grecia y Roma en la Antigüedad**”, obra amena y de gran interés para el conocimiento de multitud de aspectos sobre ambas civilizaciones.. *¿Quiénes fueron los fenicios y cómo crearon el más grande imperio naval del mundo antiguo? ¿Por qué desapareció la cultura cretense? ¿Para qué servían los oráculos griegos? ¿Cuál fue la causa de las guerras médicas y del Peloponeso? ¿Quién fue Alejandro Magno? ¿Cómo vivían los griegos? ¿Qué tesoros guardaba la Biblioteca de Alejandría? ¿Qué conocimientos médicos y científicos en general tenían los griegos y romanos? ¿Qué fueron las guerras púnicas? ¿Son ciertas las leyendas de la fundación de Roma? ¿Quiénes fueron los lusitanos y Viriato? ¿Cómo se transformó la República romana en un imperio? ¿Por qué se produjo la decadencia de Roma?* Estas y muchas otras son las cuestiones que se abordan en tres capítulos, interrogantes históricos a los que se da respuesta científica, con suma claridad y rigor.

Es un libro dirigido a estudiantes de Secundaria, Bachillerato y Universidad, pero también al gran público. El lector podrá comprender mejor una realidad lejana en el tiempo, pero que forma parte de la memoria colectiva que es común a todos los seres humanos.

EXTRACTOS DE TEXTOS INCLUIDOS EN DIVERSOS CAPÍTULOS DEL LIBRO:

- SOBRE EL GENIO COMERCIAL Y LA NAVEGACIÓN EN EL MUNDO FENICIO:

“La actividad comercial y marítima hizo necesaria la construcción naval. Los barcos fenicios eran muy rápidos y maniobrables. La flota estaba compuesta tanto por barcos de guerra como por navíos mercantes (estos de mayores dimensiones). Los griegos los llamaban “gauloi”. Tenían el casco de madera (de pino, cedro o ciprés), siendo impulsados tanto mediante una vela sujeta a un gran palo central, como por remos. En sus proas se erigían cabezas de caballo, así como la imagen del llamado *udjat*, esto es, la misma representación que aparecía en algunas embarcaciones egipcias, a modo de talismán que simbolizaba el “ojo de Horus” con un claro sentido protector, aunque también para atemorizar a los buques enemigos. A través de estos agujeros pasaban las cadenas o grandes cuerdas que sujetaban el ancla. Los barcos de guerra también podían presentar en la parte baja de su proa una punta o saliente a modo de ingenioso ariete o espolón de bronce con el que atacaban a los navíos enemigos. Durante las batallas navales, el palo central y la vela eran bajados con el fin de ganar en operatividad. De los primeros barcos llamados *pentecónteros* (con cincuenta remeros, veinticinco a cada lado) se dio paso a partir del siglo VII a.C. a los llamados *trirremes*. Estos llevaban a cada lado 85 remeros dispuestos en tres filas superpuestas, y situados en el mismo banco varios de ellos para impulsar el mismo remo. Esto aseguraba que la nave ganara en rapidez (...).”

- SOBRE EL ORÁCULO DE DELFOS Y LOS INTERESANTES DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS RECIENTES:

Interesantes investigaciones sobre el oráculo de Delfos

“En Delfos, en una ladera del monte Parnaso y formando parte de un entorno agreste, de extraordinaria belleza, se hallaba uno de los más importantes centros religiosos de la época. Su oráculo fue uno de los más visitados por los más insignes personajes, por generales antes de emprender la batalla, por navegantes y colonizadores antes de iniciar sus travesías, por quienes iban a contraer matrimonio, por personas anónimas que buscaban respuestas a sus problemas de salud, y en general por quienes deseaban conocer lo que les depararía el futuro. Incluso en la tradición mitológica ocupaba un lugar destacado este oráculo: según parece el destino de un joven príncipe llamado Edipo –originario de la ciudad de Tebas– había sido marcado por el oráculo al predecir que asesinaría a su padre, y se casaría más tarde con su propia madre ⁽¹¹⁾.

En Delfos el oráculo se asociaba a Apolo, divinidad que hablaba a los que allí acudían por boca de una sacerdotisa que era conocida con el nombre de *pythia* o pitonisa. Ésta pertenecía a un estamento sacerdotal integrado por mujeres dedicadas al cuidado del fuego sagrado del templo. Desde tiempos inmemoriales los griegos atribuían o asociaban la inspiración de las pitonisas a los vapores de suave olor que fluían en el templo de Apolo en Delfos, procedentes del interior de la Tierra. Estos gases provocaban que las pitonisas entrasen en un estado de trance, situación en la cual les era posible profetizar, con la voz cambiada, aquello que se le preguntaba. Para ello se sentaban sobre una especie de trípode situado sobre el llamado *adyton*, lugar por el que emanaban los gases o vapores. Filósofos, historiadores o geógrafos como Platón, Diodoro o Estrabón difundieron esta idea (...)

Durante buena parte del siglo XX hubo diversas investigaciones arqueológicas en Delfos. La conclusión de las mismas permitieron admitir que en este santuario no había grieta, ni caverna, ni sima que emanase gas alguno, y que tampoco existieron anteriormente, debiendo interpretarse las explicaciones que aquellos escritores y eruditos de la Antigüedad greco-romana difundieron, como meras recreaciones literarias sin base científica alguna.

Pero esta interpretación sufrió una rotunda variación cuando a partir de los años 80 un equipo integrado por geólogos y arqueólogos norteamericanos descubrieron que en el santuario de Delfos, bajo el templo de Apolo, existían dos fallas que se cruzaban. Es más, pudo comprobarse cómo el firme del interior del santuario estaba hundido hasta unos cuatro metros por debajo del nivel del suelo que le rodea. También, que bajo los cimientos del templo había una canalización de agua. Los estudios realizados en los años 90 confirmaron que los testimonios antiguos podían tener alguna base cierta, pues la geología había demostrado que las grietas formadas bajo el suelo a causa de la presencia de dichas fallas permitían la emanación de aguas subterráneas y, posiblemente, de gases. Con el movimiento de las fallas, las rocas calizas del interior irían desgastándose y alcanzando tal temperatura que podrían haber originado los vapores. El equipo de investigación incorporó a un químico y a un toxicólogo; el primero estudió el tipo de roca caliza del interior de la falla de Delfos. Se observó que es una roca porosa llamada travertino, formado por la acción del agua al disolver la calcita y liberar dióxido de carbono.

El travertino de Delfos poseía restos de metano y etano, sustancias que también –junto con el etileno– se encontraron en las aguas situadas bajo el templo de Apolo, donde se localizaba el santuario. El estudio toxicológico demostró las propiedades anestésicas del etileno, siendo así posible que las pitonisas de Delfos sufriesen un estado de semi-inconsciencia al inhalarlo; de este modo se explica que pudiesen escuchar las preguntas y contestarlas, mostrando reacciones diversas (exaltación y decaimiento). Además, algunos testimonios de la Antigüedad señalaban cómo aquel *pneuma* emitía un olor parecido al perfume suave, lo que también tiene relación con el aroma dulzón que produce el etileno (...).”

- SOBRE LA MEDICINA GRIEGA:

“Los médicos griegos recomendaban para la *prevención* de la enfermedad y, por tanto, el fortalecimiento de la salud la puesta en práctica de unas normas básicas: entre otras, cabe citar algunas, como llevar a cabo una dieta alimenticia que huyera del exceso en el comer y en el beber; la moderación en las prácticas sexuales; realizar ejercicio físico de manera frecuente; descansar el tiempo necesario, durmiendo al menos entre la puesta y la salida del sol; poner cuidado en el estado del agua que se ingiere, así como en la protección del cuerpo ante los cambios bruscos de temperatura al fin de cada estación. El viento frío o el exceso de calor también debían ser evitados, tanto por los sanos como por los enfermos. La dieta líquida era recomendada en casos de fiebre aguda, a base de zumos de frutas o infusiones (de cebada y leche, de miel y agua, de vinagre y miel o de vino).

Con el transcurso del tiempo se produjeron notables avances en la medicina. Así, a comienzos del siglo IV a.C. Diocles de Caristo, discípulo del filósofo Aristóteles, fue el autor de un tratado de anatomía humana y realizó un compendio de las hierbas medicinales y sus cualidades. Estaba surgiendo así la *farmacopea* o farmacéutica, como disciplina separada de la medicina, aunque como es lógico complementaria de ésta. Las fórmulas, con los ingredientes necesarios para los diferentes preparados

adquirieron notable valor, siendo conocidas sólo por los más experimentados debido a la complejidad de los compuestos resultantes. Las propiedades de cada planta o las que resultaban de su mezcla, en las cantidades justas, y, por tanto, la forma de prepararlas requerían un conocimiento que fue transmitido a lo largo de generaciones. En ocasiones no sólo se empleaban plantas, sino también sales y compuestos minerales. Es el caso de la arcilla grasa, también conocida como “terra sigillata”, que poseía notables cualidades para el tratamiento de enfermedades como la peste.

Las plantas medicinales, los venenos y contravenenos

Dos de los grandes estudiosos de las plantas y sus propiedades medicinales fueron Teofrasto (372-287 a.C.) y el médico romano del siglo I de nuestra Era Dioscórides. Según se deduce de la obra de este último, titulada “Materia médica”, desde tiempos anteriores al propio Hipócrates debió existir un comercio en el que las hierbas y plantas eran traídas desde lejanos lugares de Asia, de África, del occidente o del norte de Europa. En su obra, Dioscórides hace un repaso de las plantas medicinales más utilizadas desde la Antigüedad. Plantas como el jengibre se empleaba en multitud de preparados medicinales, por ejemplo como estimulante; la adormidera era utilizada como anestésico y también era muy valorada por su gran poder analgésico.

Otras, como la albahaca, eran empleada en la desinfección de heridas, pero también para evitar vómitos; la canela también se conocía por su gran utilidad como antiséptico, para prevenir contagios y en las mordeduras de serpientes; la escila, una especie de cebolla, se empleaba como remedio para afecciones del corazón desde el siglo V a.C.; igual que la madera de cedro, muy utilizada por los egipcios en sus momificaciones, era usada por los griegos como expectorante y hasta como afrodisíaco. La mandrágora tomada con vino era empleada como anestésico y también para aliviar el dolor de muelas ⁽²⁴⁾; la esencia de eucalipto, en las dolencias de garganta; el laurel en los resfriados; la mejorana y la manzanilla se utilizaban como relajantes nerviosos y para prevenir el insomnio, estimulando también la digestión; la menta como analgésico; igual que el romero y el tomillo, empleados también como estimulantes; éste último se aplicaba también en caso de mordeduras de serpientes. Otro potente antídoto contra los venenos era la planta conocida como ruda, de desagradable olor y sabor. Mientras que la llamada belladona y su derivado la atropina, utilizada como relajante y en las afecciones oculares, poseían también propiedades tóxicas por lo que fue usada como eficaz veneno con frecuencia. En Grecia se conocían otros venenos, que usados en pequeñas dosis poseían cualidades medicinales; es el caso del arsénico o la cicuta.

Otra potente droga era el eléboro, planta muy tóxica que ingerida en grandes cantidades podía provocar la muerte. En ocasiones, en algunos enfrentamientos bélicos, hasta las flechas de los arqueros llegaron a impregnarse con esta planta. Recientes estudios han demostrado que hay un tipo de eléboro que, al parecer, posee atropina, sustancia con efectos narcóticos, bien pudiera haberse utilizado como anestésico, y sumía al paciente en un sueño profundo que llegaría a durar hasta 36 horas.

Estas sustancias venenosas eran el habitual medio utilizado por quienes querían acabar con las personas más influyentes económica o políticamente. De ahí la necesidad de lograr remedios que permitiesen amortiguar sus efectos, como fue el caso de la *triacaca* o *teriacaca*, compuesto que contaba con multitud de ingredientes vegetales. Una de las “triacacas” más conocidas del mundo antiguo griego fue la que se debió a un gobernante llamado Mitrídates (rey del Ponto). Este monarca, vivió en el siglo I a.C. Era muy conocido tanto por sus campañas militares a lo largo del territorio helénico en un momento en el que Roma comenzaba a imponer su dominio territorial, como por el uso frecuente que hacía de las mezclas de sustancias venenosas, que probaba con los prisioneros a los que se iba a aplicar la pena de muerte. Obsesionado, quizás, con la idea de que podría ser envenenado él mismo, durante años fue tomando dosis de veneno. Suponía que, de este modo, lograría quedar inmunizado, evitando que cualquier enemigo acabase con su vida de este modo. Y lo logró, pues –según cuenta Plinio- cuando Pompeyo arrasó Crimea y se disponía a prender a Mitrídates, éste no pudo suicidarse usando pócima alguna, por lo que se hizo dar muerte por un soldado (...).”

- SOBRE LAS BATALLAS DE ALEJANDRO Y SU SÉQUITO DE CIENTÍFICOS:

“Frente al poco organizado ejército persa, los macedonios de Alejandro conformaban un ejército numeroso, en el que había incluso hasta mercenarios. La caballería era uno de sus cuerpos más dotados para el combate. Éste contingente actuaba de modo rápido por los flancos (lados) del ejército contrario, mientras que la falange de infantería lo hacía por el centro. Una infantería bien adiestrada, en la que era característica la larga lanza llamada *sarisa*. Ésta llegaba a medir más de cinco metros y su punta era de hierro, muy afilada. Las falanges de se disponían en línea recta o en formación circular. En las filas delanteras las lanzas eran proyectadas hacia delante, inclinándose poco a poco en las filas centrales hasta colocarse totalmente verticales en las posteriores. Infantes pertrechados con espada y lanza corta, así como arqueros completaban el grueso del ejército macedónico. A medida que fueron sucediéndose las conquistas territoriales en el interior del continente asiático, fueron entrando en él soldados orientales (...).

Este imponente ejército contaba entre sus filas con otros componentes cuya misión era muy distinta: personas preocupadas por la botánica o la zoología, que anotaron y describieron las especies de plantas y animales que encontraron en los lugares conquistados y desconocidos en occidente (caso del elefante). Hubo geógrafos y agrimensores que realizaron descripciones de los mismos y que plasmaron en mapas su localización; y hasta uno de sus generales (Ptolomeo) recogió por escrito las hazañas de Alejandro. Se dice que él mismo enviaba la información científica disponible con el paso del tiempo a Babilonia para que, desde allí, fuera conducida hasta Grecia, donde el propio Aristóteles pudo disponer de ella.

- SOBRE LA SITUACIÓN SOCIAL Y ECONÓMICA DE ROMA:

“Dentro del *sector* plebeyo, hubo profesionales que alcanzaron cierta distinción socioeconómica precisamente gracias a su trabajo. Artesanos, mercaderes, tenderos, panaderos y molineros, carniceros, tejedores, zapateros, alfareros... gozaban de un nivel social más que modesto. Por ejemplo, pensemos en las casas de la ciudad de Pompeya, profusamente decoradas con pinturas. En ellas trasciende al imagen de sus dueños, personas que sin ser miembros de la nobleza, llegaban a poseer un nivel de vida similar o superior en algunos casos. Eran simplemente profesionales que habían logrado con su trabajo los medios económicos necesarios como para vivir desahogadamente.

Pero no todos los plebeyos poseían una vida tan desahogada. La mayor parte de los integrantes de este grupo social, se contentaba con subsistir cada día, pasando grandes necesidades en lo que se refiere tanto al alimento como a su vestido y al techo que ocupaban. En las ciudades se hacinaban miles de familias en cuartuchos de las *insulae* (edificios de varias plantas), la mayoría alquilados, y el poco dinero que se ganaba en jornadas agotadoras, por ejemplo cargando o descargando fardos en los barcos del puerto, o transportando para un comerciante el género a los tenderos, sólo daba para el alquiler y una comida al día. No era mejor la situación de los jornaleros o de los pastores en el campo, o la de quienes se dedicaban a las duras tareas de la pesca o de la minería en aquella época. Las condiciones laborales eran penosas y los medios con los que se contaba eran bastante rudimentarios.

Comenta *Aurelio Bernardi* que hacia mediados del siglo I a.C. la mayoría de los trabajadores de la ciudad o del medio rural percibían unas remuneraciones muy modestas; así, la paga de un trabajador apenas llegaba a un denario al día (unos tres sestercios) ⁽³⁹⁾ en el mejor de los casos. Los hallazgos arqueológicos obtenidos en Pompeya nos indican claramente cómo era el nivel de vida de la época: lo normal es que cualquier ciudadano corriente llevase encima entre 2 y 20 sestercios de media. *Robert Etienne* nos mostró hace unos años la escala de precios de algunos artículos a partir de las inscripciones pompeyanas. Siguiendo a este autor, para hacernos una idea de la capacidad adquisitiva, diremos que un *modius* (6,5 kilos) de trigo podía costar unos 3 sestercios; algo menos de medio litro de aceite, cuyo valor era de 1 sestercio; una medida de vino, entre 1 as y 1 sestercio; una túnica, 15 sestercios; una lámpara 1 as; un plato, 1 as... Con un sueldo semanal de unos 21 sestercios, una familia de tres miembros

necesitaban diariamente 6 sestercios y 1 as para disponer de un nivel de subsistencia aceptable; pensemos que cada día habría que gastar 2 sestercios (8 ases) sólo en pan ⁽⁴⁰⁾.

Otra vez la arqueología, ciencia fundamental para el conocimiento histórico, nos han proporcionado una información valiosa sobre el modo de vida de aquellas gentes que vivieron hace dos milenios. Las ruinas de Pompeya son un tesoro de gran valor en tal sentido. Aunque resulte paradójico, la naturaleza intervino y contribuyó a su conservación. En esta ciudad, la dramática erupción del volcán Vesubio entre las 10 de la mañana y las 13 horas del día 24 de agosto del año 79 de nuestra Era, sepultó no sólo los objetos, enseres y casas, sino a unos dos mil habitantes de los aproximadamente treinta mil que poseía la población. Así nos lo han transmitido diversas fuentes, una de ellas de primera mano, pues Plinio el Joven fue testigo directo de lo que allí sucedió⁽⁴¹⁾ (...)

Y EN ESTE LIBRO ENCONTRARÁS RESPUESTAS A MUCHOS MÁS INTERROGANTES.

ESTE LIBRO YA HA SIDO ADQUIRIDO POR LAS SIGUIENTES UNIVERSIDADES:

CUESTIONES CURIOSAS GRECIA Y ROMA
Universidad Católica San Antonio de Murcia
Universidad de La Coruña
Universidad Pública de Navarra